

LA CAZADORA DE ASTROS

Zoe Valdés

París, 14 de julio de 1986

Serían las ocho, terminamos temprano de cenar, en este caso él, porque yo no había probado bocado. Mi marido paró de engullir un trozo de pan mojado en la salsa que había quedado en su plato y además devoró mis sobras. Con una arcada disimulada, recogí su plato y el mío de la mesa y me dispuse a fregar la vajilla, en silencio.

—La cena te quedó malísima —me criticó ÉL, el Gran Intelectual que era mi esposo, mi dueño, mi patrón.

—¿Qué querías que hiciera con una lata de judías, dos huevos y arroz de hace una semana? —Suspiré.

—Además, ni suficiente pan pusiste. Si no te dedicaras a leer y a escribir la mierda de poesía que escribes, no te olvidarías de comprar bastante pan.

—No, no me olvidé. La baguette que compré esta tarde te la zampaste entera tú solo, ¿o es que para eso no tienes memoria?

—Cállate, aquí el que manda soy yo —se burló—. Yo soy el rey de la prosa, el intelectual de esta casa, no te atrevas a escribir nada más... Ya te lo advertí que no te hicieras la intelectual.

—Cuando me conociste yo ya escribía.

—Escribías, escribías —frió un huevo en saliva—, ¿a cuatro poemas miserables le llamas tú escribir?

Lo dejé por incorregible, me sequé las manos con el delantal, me lo quité, y me acomodé en el sofá color gris rata, encendí el televisor con la telecomando.

—Hubieras comprado dos baguettes —ironizó.

—¿Con qué dinero? Me diste el menudo justo para comprar una baguette.

—No soy millonario. Soy un pobre escritor cuyo salario, que recibo de la UNESCO, no me alcanza ni para comprar los libros que necesito para cultivarme. Ah, y apaga la televisión, ese aparato odioso me inhibe, impide que pueda concentrarme en mis reflexiones. —El aparato odioso él lo veía a escondidas, como cualquier adicto, enganchado a los peores programas.

Otra vez la hora del violín, la de los cabezazos contra el muro de los lamentos. Apagué la tele, no estaba para atiborrarme las orejas con su mierda. Me dirigí al cuarto de dormir; quería terminar de leer *El Mago* de John Fowles.

Detrás, sigiloso, me siguió él, los colmillos verdes y babosos. Al descubrirme con el libro en la mano montó en cólera, no había nada que le diera más rabia que verme leyendo o escribiendo arrinconada en la mesita de noche. Empezó a gritarme improperios, sumamente airado, fuera de sí. Como de costumbre me cubrí el rostro con el antebrazo, sabía que un acto que comenzaba de ese modo terminaba desdichadamente

a escupitajos contra mi cabeza, a puñetazos contra mi cara, preferiblemente en los ojos, a patadas en el bajo vientre, y conmigo, que sangraba arrebujada en la alfombra, inconsciente. O encerrada en el baño durante una semana a pan y agua, como castigo.

Pero esta vez me ripió el vestido en el cuerpo, me arrastró por el pelo hasta el inodoro. Golpeó con mi cabeza fuertemente contra la taza; no perdí el conocimiento ni los dientes de milagro, pero me partió la ceja. La sangre cegó mi ojo derecho. No cuento esto para hacerme la víctima, aunque era realmente una víctima, pero cuando una lo siente una vergüenza enorme de serlo; es la razón por la que nos callamos, por la que una desea sólo morir.

Después, como a un monigote, me condujo a empellones hacia el cuarto, me lanzó en la cama, se abrió la portañuela, sacó su picha pringosa de sebingo y me violó. No sentí nada, ni siquiera dolor. De todos modos, en los últimos años, no había casi nunca tenido orgasmos con él, la mayoría de las veces todo se reducía a continuas violaciones, digamos que más o menos consentidas. No era la primera vez que me violaban, no sólo físicamente. Culminó gozoso, guardó su sexo, subió la cremallera de la bragueta y se rió burlón buscándome la mirada. No se la rehuí; por el contrario, la fijé muy hondo con mis pupilas rabiosas.

Me erguí trabajosamente de la cama, tomé una aspirina y enseguida me duché. Puse una curita en la herida de la ceja, pero no bastó, no paraba de sangrar. En el botiquín sólo encontré la aspirina y esa tirita que no sirvió de gran cosa. Taponé el hueco con azúcar y un esparadrapo que no era ni eso, se trataba de una cinta adhesiva, gruesa y gomosa para sellar paquetes de correo, con la palabra «fragile» escrita encima. Me miré en el espejo, lucía horrible, pero a falta de un vendaje adecuado, no tuve otra solución.

Me vestí, recogí mi bolso y di un tirón a la puerta detrás de mí.

—¿Adónde carajo crees que vas? —voceó irritado.

—¡A ver los fuegos artificiales, a la Torre Eiffel! —Mi voz sonó entrecortada, iba llorando. No sé por qué lloraba, porque ya no me apenaba casi nada de lo que sucedía. Creo que lloraba por inercia. Me sequé las lágrimas con un gesto airado.

Las macetas con los geranios que yo había sembrado el día anterior volaron desde el sexto piso hacia el medio del patio interior. Me las lanzaba a la cabeza; de este modo tan espectacular se vengaba de mi fuga. Seguí de largo.

En Saint-Dominique, la calle cortada en dos por la lejana presencia de la Torre Eiffel, no había un alma. La gente se amontonaba en los bajos de la torre, aún el sol jugueteaba con los reflejos de los adornos en las vitrinas acristaladas. Miré el reloj: 21.30.

Eché una moneda en la ranura del teléfono instalado en la cabina que quedaba junto a la fuente que da al metro de La Tour Maubourg.

—Hola, soy yo.

—Esperaba ansioso tu llamada, mi vida.

—¿Puedes verme?

—Por supuesto, te necesito. Además, tú sabes que siempre puedo verte.

—No, siempre no. ¿Dónde?

—¿Aquí, en casa?

—Preferiría que nos encontráramos cerca de la mía, bajo la torre, así no me demoro

para regresar.

—Te noto rara. ¿Pelearon de nuevo?

Empecé a llorar otra vez, apenas podía hablar. Me odié, estaba convirtiéndome en La mujer que llora, La femme qui pleure, como en los retratos con los que Picasso humillaba a Dora Maar.

—Voy enseguida. Nos vemos dentro de media hora en el carrusel.

Colgué el auricular, caminé como una autómatas, pasé por delante de la casa donde vivió Antoine de Saint-Exupéry; me consolaba leer la placa que recordaba que ahí había vivido el autor de El principito. Atravesé los Campos de Marte, esperé en el sitio acordado. Se demoró más de lo previsto, una hora y cuarto. Mi principito, mi amante, el hombre al que yo creía que podía contarle todo, mi caballero salvador, el que yo esperaba que vendría en un santiamén, llegaba con retraso.

Abrió la portezuela del automóvil sin bajarse, para que yo entrara. Noté que había bebido, se le desviaba el ojo izquierdo hacia fuera. Entré y él condujo el auto lentamente.

Repitió mil veces la misma excusa, la tardanza se debía al embotellamiento que había a esa hora en los muelles.

Aparcó en una calle aledaña a los Campos de Marte.

—¿Qué te pasó en la ceja?

—Nada, tropecé y me caí contra el televisor.

—Rara caída, te has dado un tremendo mameyazo en el ojo, se te está hinchando.

Desvié la cabeza, lloré bajito, miré la acera a través de la ventanilla. Él tomó mi mentón y acercó su rostro al mío.

—No intentes esconderme lo que es tan evidente. Te pegó de nuevo. ¿Cuándo acabarás de decidirte a romper con él?

—No puedo dejarlo. Está loco. Se matará. Me aseguró que se matará si lo deajo.

—Ése no le tira ni un hollejo a un chino, es un cobarde, así que lo de matarse que se lo cuente a otro.

—¿Has bebido? —Detestaba que bebiera, detesto a los borrachos.

Asintió.

—Pasó una amiga mexicana por la casa y nos tomamos unos whiskycitos...

—¿Qué amiga mexicana? No me gusta que bebas. —Lo miré desconfiada.

Se echó a reír a carcajadas.

—Así que tu marido te pega una paliza de espanto, y tú me reprochas que yo beba; a eso le llamo yo tener gandinga. ¿Que qué amiga mexicana? Nadie que conozcas. No tiene importancia. Se llama Magda. Trabaja temporalmente para la UNESCO, a veces para nosotros.

—¿Trabaja para nosotros y no la conozco?

—Sólo ha visitado la oficina unas cuantas veces, y eso cuando has estado ausente...

¿Por qué, qué pasa? No me digas que estás celosa.

Me besó en los labios, largo rato.

—No, no lo estoy.

—Fue a casa a llevarme este libro sobre el surrealismo mexicano. Me dice que tiene otro en su casa.

Me mostró un libro en el asiento de atrás.

—¿Por qué está ahí el libro?

—Quería enseñártelo.

Esperó a que yo comentara algo más, pero no dije ni esta boca es mía. Porque era cierto, me había celado de la puñetera mexicana.

Volvió a atraerme hacia él, me besó enredando su lengua en la mía, mucho tiempo estuvimos en el ajeteo de la lengua; me dolía ya la nuca de estar besándolo en esa mala postura, doblada hacia él.

—Mira cómo me pones... —Me llevó la mano a su abultada portañuela—. ¿Por qué no vamos a mi casa?

—Es que... —señalé a la torre— quería ver los fuegos artificiales.

—Mira, creo que debes curarte mejor esa herida. Además, apuesto a que no has cenado bien. En casa tengo pizzas, helados, todo lo que sé que te gusta. Puedo, además, curarte comme il faut, con desinfectante, mercurocromo, vendas apropiadas... Y desde la terraza de la habitación podremos ver los fuegos de artificio.

En ese mismo instante el cielo empezó a chisporrotear en colores.

—Bueno, ya no, trop tard —murmuró desolado y extrajo la llave del auto.

—No, tienes razón, déjalo, vamos a tu casa. —Insinué que pusiera en marcha el motor.

Yo tenía veintiséis años, él cuarenta. Yo estaba casada desde hacía siete, por primera vez. Él se había divorciado tres veces, tenía tres hijos, y ansiaba tener un cuarto matrimonio conmigo. Ese sueño lo entretenía; imaginar que fundaba una nueva familia lo disipaba de tantas reuniones aburridas; se sentía muy solo, y como cualquier hombre soportaba mal la soledad. Mi marido renunciaba a preñarme, y me despreciaba, por vicio, por hobby. Me habría gustado tener tres hijos, míos, con cualquiera que los amara y me amara.

Tomé el libro que le había regalado la mexicana y lo hojeé mientras el aire a través de la ventanilla abierta refrescaba mi rostro. Me detuve ante una lámina; se titulaba *La huida* y era el cuadro de una mujer; la pintora, Remedios Varo, había aprendido a calcular el futuro a través del pincel, escribía desde el futuro, tejía una historia que ella jamás podría comprobar si un día hubiese podido existir.

La huida. Me impresionó que la pareja central huyera en una especie de cascajo de tela. En el cuadro ella conduce un vehículo aferrada al mango de un paraguas que se convierte en esa nave de forma oblicua. Mecidos en nubes amelcochadas se dirigen hacia unas rocas, al fondo, tal vez a esconderse en ellas cuando atravesen la puerta gótica que da paso al interior de una caverna. «Como consecuencia de su trampa consigue fugarse con su amado y se encaminan en un vehículo, especial, a través de un desierto, hacia una gruta.» Así lo describió la propia autora. Es un cuadro que definía mis ansias de libertad.

© 2007, Zoé Valdés

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, de la ilustración interior: La cazadora de astros,
cuadro de Remedios Varo